

Dos más dos es uno

Daniel Loewe

Facultad de Artes Liberales,
Universidad Adolfo Ibáñez



Los aranceles están de vuelta. Pero son de larga data. Están en el núcleo del mercantilismo: aranceles altos a la importación de mercancías localmente producidas (o que se quiere producir); bajos a las materias primas requeridas; y política de autoproducción. Fue la política del ministro de Luis XIV, Jean-Baptiste Colbert, para producir gobelinos en Francia en vez de importarlos de Flandes. La conocemos.

Está en el centro de la teoría desarrollista de sustitución de importaciones que conquistó América Latina (y que sigue viva en el Frente Amplio, o al menos en la mitad sus corazones bipolares) con sus pésimas consecuencias: productos malos y caros, distorsiones, y clientelismo, todo lo cual se opone al desarrollo. Lo dijo Adam Smith al criticar los aranceles ingleses al vino francés: en invernaderos las uvas de Escocia podrían ser buenas, pero 30 veces más caras que un vino de Bordeaux.

Y es que el libre comercio internacio-

nal no es como una carrera en que unos ganan y otros pierden, sino que es un juego positivo: se crea valor y todos ganan. La idea de las “ventajas comparativas” está en su núcleo. La vio claramente David Ricardo en sus fundamentos. No se trata de que las ventajas comparativas lo sean en relación a todos los competidores, sino de que hay que especializarse en las formas de producción cuyos costos de oportunidad sean más bajos. Parece contraintuitivo, pero genera valor para todos.

El libre comercio es fundamental para el bienestar global. Pero también es expresión de la libertad individual. Son los individuos (no los países) los que comercian a través de las fronteras políticas. Después de todo, parafraseando a Rothbard, si las fronteras son demarcaciones en un mapa, el problema del comercio internacional no existe. Pero note que los mismos argumentos lo son a favor de la libre circulación internacional de personas: los individuos entran en relaciones comerciales, por ejemplo, unos

vendiendo su fuerza de trabajo y otros comprándola, expresando así su libertad en intercambios beneficiosos.

Sin embargo, los adalides del libre comercio no lo son siempre de la libre circulación. Esto es especialmente llamativo en algunos autoproclamados libertarios. Si lo fueran, deberían estar a

favor de ambos. Es un indicio de que, en el fondo, solo se trata de conservadores que no quieren pagar impuestos.

Jonathan Swift (el de los Viajes de Gulliver) lo llevó al punto al criticar en 1728 la experimentación con aranceles en Inglaterra. Los parlamentos comete-

rían un error de cálculo al pensar que dos más dos es cuatro. En realidad, sostuvo, dos más dos es uno. Es la paradoja de los aranceles, y de los proteccionistas que así autodestruyen sus propósitos (y de paso el bienestar de todos). Pero es también la paradoja de quienes hoy, surgiendo de la tierra húmeda como hongos furibundos y vociferantes, llaman a cerrar a rajatabla las fronteras.

“Es la paradoja de quienes hoy, surgiendo como hongos furibundos y vociferantes, llaman a cerrar a rajatabla las fronteras”.